

Domingo 26: El Consuelo del Bautismo para los Pecadores Perdidos

Preguntas y Respuestas 69-71

Lectura: Mateo 28

Salterios:

Primero: 94:1,3,4,5

Segundo: 140:1,3

Tercero: 213:1,2,3,4,6

Cuarto: 304:4,6

Último: 238:1,3

Querida congregación,

En Mateo 28 encontramos la institución del Santo Bautismo: *“Por tanto, id y enseñad a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado”* (Mateo 28:19-20). Como Salvador resucitado, el Señor Jesús instruyó a Sus discípulos a ir por todo el mundo. Les mandó predicar la Palabra y bautizar en el Nombre del Dios Trino.

Este mandato no significa que el bautismo no existiera antes de ese tiempo. Ya en los días del Antiguo Testamento, el bautismo era conocido entre el pueblo de Israel. Claramente, los judíos mismos no eran bautizados. Sus hijos varones tenían que recibir la circuncisión, la cual era la señal del pacto de Dios en la antigua dispensación. Sin embargo, los judíos bautizaban a los gentiles que se convertían al Dios vivo y deseaban unirse al pueblo de Israel. Leemos acerca de prosélitos, personas convertidas de otras naciones, quienes tomaban sobre sí mismos el yugo de la ley y expresaban su deseo de andar en los caminos del Señor. Recibían el bautismo como una señal de que, en adelante, pertenecían al pueblo del pacto.

Sin embargo, en los primeros capítulos del Nuevo Testamento encontramos a Juan el Bautista administrando esta señal también a los judíos. Él bautizaba a todos aquellos que venían a él en arrepentimiento. Había algo extraño en este bautismo, algo que nunca había sucedido antes. Juan bautizaba no solo a extranjeros, sino también a sus compatriotas. Él decía: *“Ustedes también deben ser salvos. Su corazón de piedra debe ser quebrantado. Aunque se llamen hijos del pacto e hijos de Abraham, deben nacer de nuevo. Deben huir de la ira venidera. Deben ser reconciliados con Dios. La sangre de Cristo es necesaria para cubrir sus pecados”*. Como señal de eso, bautizaba a aquellos que se arrepentían y se inclinaban bajo el juicio de Dios. Juan predicaba el bautismo del arrepentimiento y remisión del pecado. Recuérdenlo: esperamos volver a ello más adelante, pero esas dos cosas —el perdón de pecado y la renovación del corazón— son los dos asuntos más importantes representados y sellados en el bautismo.

¿Qué es lo nuevo en el bautismo instituido por Cristo en Mateo 28? Fue dado por Aquel que murió y resucitó de nuevo. El Señor Jesús no podía dar este sacramento sin antes haberlo cumplido todo. El bautismo antes de Su muerte señalaba hacia adelante, al Salvador que aún tenía que derramar Su sangre; pero el bautismo después de Su resurrección señala hacia atrás, a Aquel que ha cumplido toda justicia. Por lo tanto, la circuncisión ya no es necesaria. Ninguna sangre más tiene que fluir. Como Cordero de Dios, Cristo es el cumplimiento de las sombras del Antiguo Testamento. Por lo tanto, lo oímos decir después del Viernes Santo y la Pascua: *“Por tanto, id y enseñad a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado”* (Mateo 28:19-20).

Cuando los apóstoles fueron al mundo para predicar el evangelio, ciertamente no comenzaron bautizando a los niños. Los primeros en ser bautizados eran adultos, mayores de edad que se habían arrepentido por la gracia de Dios. Cuando ellos eran bautizados, sus hijos también lo eran. El bautismo de los infantes siempre sigue al bautismo de los adultos, pero eso es un tema que dejaremos para la próxima vez. Ahora pensemos en el contexto misionero. Cuando los paganos vienen a la fe cristiana, tendrán el deseo de ser bautizados. Como el eunuco etíope en Hechos 8, ellos dicen: *“Mira, aquí hay agua; ¿qué impide que yo sea bautizado?”* (Hechos 8:36).

En Nigeria, había un hombre llamado Ochisi. Había sido adivino, una especie de curandero que practicaba la brujería, pero Dios puso Su mano sobre él y lo convirtió. Fue uno de los primeros convertidos en la región de Izi. Sin embargo, no podía ser bautizado porque estaba casado con tres mujeres. Quizá ya lo sepan, pero la poligamia es una práctica común en África. La misma práctica se encuentra en el Antiguo Testamento. Nunca fue aprobada por Dios, aunque fue tolerada por un tiempo. La joven iglesia misionera luchaba con la pregunta de qué hacer con el caso de Ochisi. No querían que despidiera a todas sus esposas excepto la primera, pero tampoco querían bautizarlo, por temor a que la poligamia siguiera prosperando. Sabían que ya era polígamo antes de la llegada del cristianismo, y aun así no se sentían con libertad para concederle el sacramento del bautismo.

Todo esto afligía mucho a Ochisi. Deseaba ser miembro de la iglesia. No solo quería *oír* acerca del perdón de los pecados para los hijos caídos de Adán, sino que también anhelaba *ver* la señal de ese perdón, *sentirla*, por así decirlo. Anhelaba oír al Señor llamarlo por su nombre en la hora del bautismo, pero el camino estaba cerrado para él. Sin embargo, llegó un momento en que pudo aceptar la decisión de la iglesia. Esto ocurrió cuando el Señor le señaló la necesidad de un bautismo diferente. Cuando Ochisi hablaba de esto más adelante, dijo lo siguiente: *“Me causó tanta tristeza saber que nunca sería bautizado, pero entonces leí en la Biblia que debemos ser bautizados con el Espíritu Santo. ¡Oh, no puedo expresar cuánto me impactó esa palabra! Aunque nunca llegue a ser bautizado con agua, lo que más necesito es ese bautismo con el*

Espíritu Santo”. Cuando se le preguntó a Ochisi si sabía algo de esto de manera personal, se le llenaron los ojos de lágrimas. “No me atrevo a negar que la sangre de Cristo se ha hecho preciosa para mí. Necesito esa sangre para lavarme, y necesito al Espíritu Santo para hacerme una nueva criatura. No puedo vivir sin la Palabra de Dios para guiarme y fortalecerme”.

Congregación, ¿no es ese el significado espiritual del bautismo? ¿No es ser lavado con la sangre de Cristo y renovado por el Espíritu de Cristo? ¿No es ser sostenido por la Palabra de Cristo? Esto, en breve, es el contenido del Domingo 26, la parte del Catecismo de Heidelberg que exige nuestra atención en este momento. Que el Señor nos guíe mientras damos nuestra atención al consuelo del Santo Bautismo, tal como se expresa en el Domingo 26.

Pregunta 69: ¿Por qué el Santo Bautismo te asegura y recuerda que eres participante de aquel único sacrificio de Cristo, hecho en la cruz?

Respuesta: Porque Cristo ha instituido el lavamiento exterior del agua, añadiendo esta promesa, que tan ciertamente soy lavado con Su sangre y Espíritu de las inmundicias de mi alma, es a saber, de todos mis pecados, como soy rociado y lavado exteriormente con el agua, con la cual se suelen limpiar las suciedades del cuerpo.

Pregunta 70: ¿Qué es ser lavado con la sangre y Espíritu de Cristo?

Respuesta: Es recibir de la gracia de Dios la remisión de los pecados, por la sangre de Cristo, que derramó por nosotros en su sacrificio en la cruz. Y también ser renovados y santificados por el Espíritu Santo para ser miembros de Cristo, a fin de que muramos al pecado y vivamos santa e irrepreensiblemente.

Pregunta 71: ¿Dónde prometió Cristo que Él nos quiere limpiar tan ciertamente por Su sangre y Espíritu como somos lavados por el agua del bautismo?

Respuesta: En la institución del Bautismo, cuyas palabras son estas: *“Id y enseñad a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”* (Mateo 28:19). *“El que creyere y fuere bautizado será salvo; pero el que no creyere será condenado”* (Marcos 16:16). Esta promesa se repite cuando las Sagradas Escrituras llaman al bautismo *lavamiento de la regeneración y lavamiento de pecados* (Tito 3:5, Hechos 22:16).

Con la ayuda del Señor, esperamos considerar:

El Consuelo del Bautismo para los Pecadores Perdidos

¿Qué podemos decir acerca de esos pecadores perdidos?

1. Son lavados por la sangre de Cristo
2. Son renovados por el Espíritu de Cristo
3. Son sostenidos por la Palabra de Cristo

Repito: El consuelo del bautismo para los pecadores perdidos. En primer lugar, ellos son lavados por la sangre de Cristo; en segundo lugar, son renovados por el Espíritu de Cristo; y, en tercer lugar, son sostenidos por la Palabra de Cristo. La respuesta a la Pregunta 69 y la primera parte de la Respuesta 70 hablan acerca de ser lavados por la *sangre* de Cristo. La segunda parte de la respuesta a la Pregunta 70 habla de ser renovados por el *Espíritu* de Cristo. Finalmente, la respuesta a la última pregunta nos habla acerca de ser sostenidos por la *Palabra* de Cristo.

Primer pensamiento. Los pecadores perdidos son lavados por la sangre de Cristo.

Congregación, en el Domingo 25 hemos aprendido que tanto el Santo Bautismo como la Santa Cena nos dirigen al único sacrificio del Señor Jesucristo, consumado en la cruz. Así, los dos sacramentos tienen algo en común. El Bautismo y la Cena del Señor son como dos dedos apuntando al maravilloso milagro de que el Señor Jesús derramó Su sangre por criaturas indignas. No solo el agua del *bautismo* representa la sangre de Cristo, sino también el vino usado en la Cena del Señor es un retrato de esa sangre preciosa. En ambos sacramentos se nos dice que, aparte del Señor Jesucristo y Su sacrificio, no tenemos ninguna base sobre la cual estar en pie ante Dios. Debemos esperar toda nuestra salvación de Aquel que permitió que Su cuerpo fuera quebrantado y Su sangre derramada para la remisión de los pecados.

Hemos oído que los sacramentos son señales y sellos. En primer lugar, son señales que nos amonestan. Nos instruyen; nos enseñan acerca de realidades espirituales. En segundo lugar, son sellos que nos aseguran. Confirman la promesa de Dios; son, por así decirlo, una firma debajo de Su Palabra.

El Domingo 26 aplica esto con respecto al Santo Bautismo. Se pregunta por el consuelo y el beneficio del bautismo: “¿Por qué el Santo Bautismo te asegura y recuerda que eres participante de aquel único sacrificio de Cristo, hecho en la cruz?” Oímos que los sacramentos, en general, dirigen a los pecadores a la sangre de Cristo y que son de gran beneficio para el pueblo de Dios. Pero, ¿cómo se ve esto en cuanto al bautismo?

La respuesta dice: “Porque Cristo ha instituido el lavamiento exterior del agua, añadiendo esta promesa, que tan ciertamente soy lavado con Su sangre y Espíritu de las inmundicias de mi alma, es a saber, de todos mis pecados, como soy rociado y lavado exteriormente con el agua, con la cual se suelen limpiar las suciedades del cuerpo.” Esa es la respuesta de nuestro Catecismo. El Bautismo presupone que somos inmundos. El niño más pequeño entre nosotros puede entender que cuando se usa el agua para lavar, es porque estamos sucios. Cuando los niños pequeños son traídos a la iglesia para ser presentados para el bautismo, es porque son inmundos —no porque

su cuerpo esté sucio, sino porque su corazón es inmundo. Nuestra alma está corrompida por una inmundicia espiritual; es depravada a causa de nuestro pecado original.

En el Antiguo Testamento leemos acerca de personas que sufrían de la lepra. No se les permitía entrar en la casa de Dios. Fueron desterradas de la presencia de otras personas y cortadas de la comunión con Dios. Nosotros somos leprosos espirituales, congregación. ¿Alguna vez lo hemos descubierto? ¿Es esa nuestra carga más pesada, nuestra tristeza más dolorosa? El pecado nos ha hecho leprosos ante los ojos de Dios.

¿Había alguna posibilidad de que los leprosos en el Antiguo Testamento fueran restaurados a la comunión con Dios y con Su pueblo? Sí, la había. Cuando el Señor intervenía con Su gran poder y divina misericordia, entonces un leproso podía ser sanado. Era entonces restaurado a la comunión con Dios y el pueblo, pero, primero, tenía que ser limpiado por un rito: tenía que bañar su cuerpo en agua, ser rociado con la sangre de un cordero y ser limpiado con hisopo. Después de todo ello, las puertas del templo se abrían para él, para que pudiera presentarse ante el rostro de Dios. ¿No hay un glorioso mensaje del evangelio contenido en las ceremonias del Antiguo Testamento? Esas ceremonias enseñaban a los judíos que un pecador leproso aún podía ser salvo, que podía nacer de nuevo por el Espíritu de Dios y ser lavado por la sangre de Cristo. Podía ser, no solo perdonado y aceptado, sino también renovado en su corazón y vida. Esa es la gran maravilla de la tierna misericordia de Dios, proclamada en Su Palabra y representada en el bautismo.

Congregación, cada vez que se administra el bautismo, debemos mirar hacia arriba, a Aquel que lo instituyó, a Aquel cuya sangre está goteando sobre los leprosos inmundos. No deberíamos esperarlo de las personas, sino de Aquel que dice: *“Mirad a mí y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y ninguno más hay”* (Isaías 45:22). Cristo es Aquel que ha instituido este lavamiento externo con agua. Esperamos oír más acerca de eso en la Pregunta 71. Él es también Aquel que añadió la promesa de que un pecador penitente es tan ciertamente lavado por la sangre y el Espíritu de Jesús como su cuerpo es lavado con agua común.

Ya hemos oído que dos beneficios son confirmados y sellados en el bautismo: uno es el perdón, el otro la renovación. También podríamos decir, la justificación y la santificación. La justificación significa que un pecador es declarado inocente y justo en base a la obra de Cristo. La santificación significa que ese mismo pecador es hecho justo por el poder de Su Espíritu. Ambos beneficios se representan en el Santo Bautismo. Son confirmados por el Señor mismo.

Ahora, en la Pregunta 70, el Catecismo pregunta: *“¿Qué es ser lavado con la sangre y Espíritu de Cristo?”* La respuesta dice: *“Es recibir de la gracia de Dios la remisión de los pecados, por la sangre de Cristo, que derramó por nosotros en su sacrificio en la cruz. Y también ser renovados y santificados por el Espíritu Santo para ser miembros de Cristo, a fin de que muramos al pecado*

y vivamos santa e irrepreensiblemente.” Como la última parte de esta respuesta corresponde a nuestro segundo punto, ahora nos enfocaremos en la primera parte.

El consuelo del bautismo para los pecadores perdidos es, en primer lugar, que *son lavados por la sangre de Cristo*. La culpa del pecado es quitada por Su sacrificio. La culpa se refiere a una deuda espiritual. Todos somos deudores ante Dios. Tenemos una deuda que llega desde la tierra hasta el cielo. Hay un pueblo al que se le revela la realidad de esta deuda. El Señor trata con ellos en este lado de la tumba. Ese es un privilegio inestimable, congregación. Si Dios no trata con nosotros *antes* de que muramos, lo hará *después* de que hayamos muerto. Entonces horrenda cosa será caer en las manos del Dios vivo. Oh, si siempre hemos defendido nuestra justicia propia; si siempre hemos tapado nuestros oídos ante los llamados de la Palabra de Dios; si tenemos que morir sin la sangre de Cristo aplicada a nuestra alma; entonces horrenda cosa será encontrarnos con un Dios justo.

Cuán felices son, por otro lado, aquellos cuya culpa les es revelada y luego quitada. Aprenden a reconocer y afirmar su culpa. Se convierten en pecadores pobres y dignos de condenación ante el Señor, sin poder lavarse a sí mismos. Oh, ciertamente, intentan mucho hacerlo. Hacen todo lo posible por vencer el pecado y llevar una vida santa, pero termina siendo un fracaso total. ¡Hay solo Uno que puede quitar su culpa: Dios en Cristo! ¿Ya se han abierto nuestros ojos para verlo?

¡Qué bendición indescriptible es cuando podemos perder la batalla y no tener nada más sino culpa ante un Dios santo! Oh, no tenemos ninguna respuesta ante las acusaciones del cielo y de la tierra, cuando la maldición de la ley nos aplasta, e incluso cuando los animales parecen decirnos que hemos pecado contra nuestro Creador y que ya no somos dignos de un lugar en la tierra. Oh, dado que hemos perdido todo y somos completamente indignos del favor de Dios, el Señor puede hacer lo que le place con nosotros. Pero ahora, ¡he aquí la maravilla! Hay Uno que ha dado Su vida, Uno que se sacrificó a Sí mismo, Uno que está dispuesto a restaurar a tales pecadores leprosos a la comunión con Dios, quitando Él mismo su culpa.

En el Domingo 26, nuestro Catecismo habla acerca de esa maravilla: “¿Qué es ser lavado con la sangre y Espíritu de Cristo?” La respuesta dice: “Es recibir de la gracia de Dios la remisión de los pecados”. Esa es la porción bendita del pueblo de Dios. No la pidieron nunca por su propia iniciativa. Si Dios no hubiera sido el primero en sus vidas, habrían pecado hasta la muerte eterna; ahora ocuparían el lugar más bajo en el infierno. Sin embargo, Dios fue el Primero. Él dice: “He amado libremente a Sion”. Él también dio un rescate. Él perdona a Sus hijos en base a la sangre de Jesús. Cristo estuvo dispuesto a pagar ese rescate para satisfacer la santa justicia de Dios. Él ha reconciliado a Dios con el pecador y al pecador con Dios. Esa es la maravilla de la cual la iglesia titubea: “Es recibir de la gracia de Dios la remisión de los pecados, por la sangre de Cristo, que derramó por nosotros en su sacrificio en la cruz”.

¿Cómo puede un Dios santo tener comunión con un pecador impío? Escuchen lo que nuestro Catecismo dice: “por la sangre de Cristo”. Ese es el misterio de la salvación, escondido a los sabios y entendidos, pero revelado a los niños. Ese es el misterio de la misericordia de Dios, extendida a los hijos dignos de condenación de Adán. Dios mismo se ha provisto de un Cordero para el holocausto.

El Señor añade un sello al evangelio; confirma Su Palabra. ¿Por qué lo hace? ¿Lo hará porque no es confiable en Sí mismo, o porque Su Palabra no es digna de confianza? ¡No, de ninguna manera! El Señor lo hace por amor a la caña cascada y al pábilo que humea. Lo hace porque un pecador convencido se siente profundamente indigno. El Señor se inclina hacia el pecador tembloroso que no se atreve a poner su mano sobre la promesa de Dios. Él da el sacramento del bautismo. Viene con una predicación visible, con agua que señala a la sangre de Jesús. Pone un sello sobre Su promesa. Él dice: “Ah, pecador culpable, levanta tu cabeza. He provisto tan libremente. Hay plenitud de misericordia en Cristo. Hay una fuente de sangre que brota de Sus heridas, y esa sangre es idónea para ti. Te puede hacer más blanco que la nieve”.

El Señor añade una señal al evangelio. Pone un sello sobre Su promesa porque puede sentirse una lucha intensa en la vida de aquellos que han aprendido que no son nada más que pecadores culpables. Ciertamente, pueden anhelar mucho a Cristo. Hay momentos en que su corazón es atraído hacia Él por la predicación del evangelio. Puede haber un deseo de ser guiados al Arca de la Salvación, pero se sienten como aquella paloma que tuvo que ser llevada al arca por Noé mismo. Revolotean alrededor del arca y no se atreven a entrar. Se sienten muy ansiosos. Dicen: “¿Es en realidad esto para mí? ¿Estará el Señor dispuesto a tratar con un monstruo de iniquidad?” El Señor viene a tales en gracia con una afirmación. En el bautismo, el Señor dice: “No pierdas el valor, hijo temeroso, sino ten buen ánimo. ¡No hay solo un medio, sino también un Mediador! Hay un manantial abierto para toda impureza. Hay consuelo en el bautismo. Ningún pecado jamás será demasiado grande, ni ningún corazón demasiado corrupto, porque hay poder en la sangre del Cordero”.

Oh, congregación, busquen el perdón de su culpa y el lavamiento de su corazón corrupto antes de que sea demasiado tarde. Una cosa es necesaria. Si pueden recibir el perdón, entonces, sea lo que sea que ocurra en su vida, estará bien, porque tendrán paz con Dios. No importa cuán sucios sean, ni cuán dignos de condenación permanezcan en sí mismos, Él de ninguna manera los echará fuera. Cuán bienaventurados son aquellos que se refugian en Cristo, como la mujer con el flujo de sangre. Tal vez se acerquen como un ave temblorosa, pero cuando toquen el borde de Su manto, no serán defraudados. Experimentarán que de Él sale poder. Además, en el Santo Bautismo tienen un testimonio indudable de que el Señor siempre mantendrá gracia y fidelidad hacia ellos.

Esto no significa que el pueblo de Dios siempre sienta ese consuelo. Cuando se miran a sí mismos, a lo que ha sucedido entre Dios y su alma, a sus sentimientos y afectos, suben y bajan. Son como un barco sacudido por las olas del océano. A menudo andan en tinieblas porque buscan el fundamento de su salvación en el lugar incorrecto. Sin embargo, precisamente por esa razón, el Señor ha instituido el bautismo. Quiere consolarlos en su necesidad y angustia.

Ah, hay tanto consuelo en el Santo Bautismo para un pecador perdido. El sacramento del bautismo asegura a todos aquellos que están preocupados por sus pecados que hay un sacrificio perfecto que fue ofrecido en la cruz del Gólgota, y que este sacrificio es de provecho personal para ellos.

Segundo pensamiento. Son renovados por el Espíritu de Cristo.

Aun así, hay más. En la Pregunta 70, el Catecismo pregunta: “¿Qué es ser lavado con la sangre y Espíritu de Cristo?” Hasta aquí, hemos considerado la primera parte de la respuesta, pero hay una segunda parte. La respuesta comenzó así: “Es recibir de la gracia de Dios la remisión de los pecados, por la sangre de Cristo, que derramó por nosotros en su sacrificio en la cruz.” Pero luego la respuesta sigue: “Y también ser renovados y santificados por el Espíritu Santo para ser miembros de Cristo, a fin de que muramos al pecado y vivamos santa e irrepreensiblemente.” El pueblo de Dios no solo es lavado por la *sangre* de Cristo; también es santificado por el *Espíritu* de Cristo. No solo hay *perdón*; también hay *renovación*. No solo hay *justificación*; también hay *santificación*. Ambos se expresan de igual manera en el bautismo. Todo es confirmado y sellado por este sacramento.

Congregación, hay personas que dicen: “Si tan solo mis pecados fueran perdonados, todo estaría bien conmigo”. Quieren ir al cielo, pero no desean pensar en una vida santa. Sin embargo, cuando las personas no se interesan en ello, no evidencian las marcas de la gracia. La Biblia dice que sin santidad nadie verá al Señor (Hebreos 12:14). Si el Señor verdaderamente ha tocado su corazón, si el pecado se ha vuelto más amargo que la muerte, y si el favor de Dios es más dulce para usted que la vida, esto se evidenciará en los frutos. A esto lo llamamos santificación. La santidad de los hijos de Dios siempre permanecerá imperfecta en este lado de la tumba, sin embargo, es parte de la obra de Dios.

La santificación tiene un aspecto pasivo y un aspecto activo. Es Dios mismo quien santifica a Su pueblo, pero Su pueblo también es llamado a santificarse a sí mismo. Cuando el Señor los renueva, algo será evidente en sus vidas, algo visible. No siguen siendo las mismas personas que antes. Ciertamente, por dentro, permanecen tan malvados como antes; aprenden a conocerse como carnales y vendidos al pecado. Sin embargo, algo ha comenzado a cambiar. Es una bendición que fluye de Cristo, el Salvador de los pecadores y el Rey de Su iglesia. Es un beneficio sellado y confirmado por el Santo Bautismo.

Congregación, no solo estamos cargados con la *culpa* del pecado, sino que también estamos contaminados con la *corrupción* del pecado. El pecado no solo nos ha separado de Dios; también ha corrompido nuestros corazones. Es la consecuencia de nuestro pecado en Adán, y lo heredamos de nuestros padres. “¿Quién hará algo limpio de lo inmundo? Nadie” (Job 14:4). Padres, ¿han visto esto en sus hijos acostados en sus cunas? ¿Lo han visto en su ser interior? ¿Ha quebrantado esto su corazón? ¿Les ha hecho clamar: “He nacido en la maldad, Tú, Dios, amas la verdad” (Salterio 140:3)? Nada inmundo entrará en el cielo. Dios no lo *tolerará*, y un pecador inconverso ni siquiera lo *desea*. ¿Qué haría él en el cielo? El cielo está lleno de las alabanzas de Dios. ¿Cómo podría sentirse en casa allí con su vieja naturaleza? Se sentiría completamente fuera de lugar.

Por lo tanto, dos milagros deben suceder en nuestras vidas: no solo la maravilla de tener perdonados nuestros pecados, sino también la de tener nuestro corazón renovado. Ese es otro beneficio sellado en el bautismo. El Espíritu de Cristo, quien despierta a los pecadores de su estado de muerte y los hace miembros de Cristo, también limpiará sus corazones y renovará sus vidas.

¿Siempre pueden ver eso? No, no siempre. A veces ven tan poco de ello que comienzan a cuestionar su estado y a dudar si en realidad algo de gracia ha llegado a sus vidas. Alguien que aún desconoce su propio corazón puede avanzar mucho en el camino de la santidad por obras —tan lejos que comienza a despreciar a los pobres hijos de Dios. Por otro lado, un creyente sincero a menudo no puede ver ni un solo fruto de santidad en su vida. Todo lo que puede hacer es arruinarlo todo y perder el derecho a todas las bendiciones de Dios. Pareciera que todo lo que el Señor le da desaparece en unos minutos. Es como si tuviera un agujero en su mano y en su bolsillo. Cuando ya todo se ha desvanecido, permanece tan pobre en la tierra, más pobre que nunca. Su amarga queja es: “*Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago ... ¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte?*” (Romanos 7:19,24).

¡Cuánto consuelo hay en el bautismo para tales pobres! El agua del bautismo no solo habla de la sangre expiatoria de Cristo; también habla del Espíritu santificador de Cristo. En Juan 19 leemos que del costado de Jesús fluyeron sangre y agua. Jóvenes, ustedes saben lo que ocurrió. Cuando el Señor Jesús fue crucificado, un soldado romano traspasó Su costado con una lanza. Luego la sangre y el agua fluyeron de allí —primero sangre, y luego agua. Hay un profundo significado en todo ello. El Señor Jesús tiene sangre para quitar la culpa del pecado, pero también agua para limpiar del poder del pecado. En Sus heridas, se ha abierto un manantial para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para lavar todo el pecado y la inmundicia de ellos (Zacarías 13:1). Esa fuente fluye libremente y por gracia. La sangre de Cristo ha sido dada para

el perdón, pero el Espíritu de Cristo, para la renovación. Todo esto se representa y se sella en el Santo Bautismo.

Una vez más preguntamos: “¿Para quiénes es este consuelo?” No es para personas que solo razonan y se halagan a sí mismas con una falsa esperanza. No es para aquellos que no necesitan la gracia porque creen que pueden ayudarse a sí mismos. Es para los que se presentan con las manos vacías y el corazón sucio. Hay consuelo para ellos en el bautismo. Lloran porque nunca pueden vivir conforme a esa santa vocación. Desean vivir para el honor de Dios, pero son incapaces de hacerlo. A ellos, el bautismo les habla del Espíritu de Cristo, que santifica a los pecadores impíos para ser miembros de Cristo.

El pueblo de Dios es renovado por el Espíritu de Cristo. ¿Cuál es el fruto de ello? Nuestro Catecismo dice: “a fin de que muramos al pecado”. Esa muerte espiritual es una bendita muerte. Aunque es una muerte dolorosa, sigue siendo una muerte dulce. Es una bendición morir al pecado y vivir para Cristo. Tal vida de muerte va mucho más allá de una conversión del bar a la iglesia; es un fruto del Espíritu de Dios. Muriendo cada vez más al pecado, los hijos de Dios comienzan a vivir para Él con una vida santa e irreprochable. Comienzan a manifestar los frutos del Espíritu: *“amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley”* (Gálatas 5:22-23).

Es cierto que todo queda imperfecto en este lado de la tumba. Sin embargo, en medio de esa lucha, el Señor viene en su auxilio. Lo hace, por ejemplo, por medio del bautismo. No lo olvidemos. Cuando se administra el bautismo en medio de la congregación, algunas personas pueden decir con una mirada decepcionada: “¿Otra vez bautismo?” Apenas prestan atención a la lectura de esa liturgia tan instructiva, y esperan que el sermón sea un poco más corto de lo normal. Ay, tales personas no se dan cuenta de cuánto consuelo se encuentra en el bautismo. Que el Señor lo enseñe a Sus necesitados, lo muestre con la luz de Su Espíritu, y lo imparta con gracia irresistible. Vengan, cantemos de ello del Salterio 304, estrofas 4 y 6.

* * * * *

Tercer pensamiento. Son sostenidos por la Palabra de Cristo.

Hay una pregunta más en el Domingo 26. Es la Pregunta 71: “¿Dónde prometió Cristo que Él nos quiere limpiar tan ciertamente por Su sangre y Espíritu como somos lavados por el agua del bautismo?” En otras palabras: “Usted ha dicho que Cristo instituyó este lavamiento externo con agua, pero ¿dónde lo ha hecho?”

Oímos cierto tono de sospecha en esta pregunta. Es como si el alumno dijera: “Quiero saber dónde puedo encontrarlo en la Biblia, porque si no se puede probar con la Palabra de Dios, no

tiene fundamento, ¡y no me atrevo a confiarle mi alma!” De hecho, eso es cierto. Todo lo que decimos debe ser conforme a las Escrituras. Por muy bonito que alguien pueda hablar sobre la verdad, siempre debe estar respaldado por las Escrituras. Debe estar basado en la propia Palabra de Dios.

Sin embargo, no hay ninguna razón para temer en este caso porque hay una respuesta clara a esta pregunta. Dice que Cristo nos prometió todas estas cosas “en la institución del Bautismo”. Lo que sigue después es el conocido texto de Mateo 28 y otro de Marcos 16. Luego continúa: “Esta promesa se repite cuando las Sagradas Escrituras llaman al bautismo lavamiento de la regeneración y lavamiento de pecados”. Allí, la respuesta cita Tito 3:5 y Hechos 22:16. Dejamos esos últimos dos textos por ahora, porque esperamos volver a considerarlos la próxima vez. En esta ocasión, miremos más de cerca el texto de Mateo 28 —el capítulo que hemos leído.

Es el Rey Jesús mismo quien dio a Sus siervos el *mandato* y la *promesa* del bautismo. Después de haber derramado Su sangre por Su amada esposa, Él instituyó el bautismo. Antes de despedirse de Sus discípulos, dijo: “*Por tanto, id y enseñad a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*” (Mateo 28:19).

¿Qué significa eso? “En el nombre de” es mucho más que simplemente “porque Él lo dijo” o “porque nos dio un mandato explícito”. El griego utiliza una preposición que implica “entrar en el Nombre”. Así como podemos sumergir nuestra mano en el agua, así los pecadores son bautizados *en* el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Si las cosas están bien, son bautizados para una comunión con el Dios Trino, para una tierna relación con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Eso es lo que significa. Así que, si hay un pecador perdido que no puede ver ningún camino y está afligido con la pregunta: “Oh Señor, ¿podría alguna vez ser esto para mí?”, entonces el bautismo le asegura que el sacrificio de Cristo es acreditado a su cuenta. Es de verdadero provecho para él. Esa es la promesa. No es una promesa hecha por el hombre, sino por el Señor. Es una promesa escrita con la sangre de Cristo, garantizada por el amor del Padre y cumplida por el poder de Su Espíritu.

Congregación, el bautismo también ha sido administrado a ustedes. Ciertamente, la mayoría de nosotros no recordamos cuando fuimos bautizados porque éramos aún bebés en ese entonces. Aun así, no es un asunto menor. El bautismo es de verdadero *provecho* o de verdadero *perjuicio* —uno de los dos. ¡Oh, que el bautismo no sea un sello de su eterna condenación! De hecho, ese puede ser el caso. Si continúa en sus pecados o en su propia justicia, el bautismo también funcionará como un sello. Sin embargo, será un sello de su eterna condenación. Entonces, Dios será justo si lo echa de Sí para siempre. ¡Oh, no jueguen con fuego! ¡No pongan en riesgo su alma! ¡Busquen al Dios de su bautismo!

El Rev. Fraanje solía decir a los niños y jóvenes den la catequesis: “Solo muestren sus frentes al Señor”.¹ ¿Qué quería decir con eso? ¿Se puede ver algo en sus frentes? “No”, dirán ustedes. En realidad, la respuesta es “sí”. El Señor ve la marca de Su pacto en sus frentes, y nunca la podrán borrar. Estará allí durante toda la eternidad. El Nombre del Dios Trino ha sido escrito sobre sus frentes cuando fueron bautizados. Bueno, muestren entonces sus frentes al Señor, y digan: “Señor, no lo merezco. Soy tan inconverso, tan desviado, tan rebelde y tan desdichado. Si tan solo fuera esa verdadera desdicha, esa verdadera tristeza, ¡pero incluso eso falta! ¡Oh Dios, ten misericordia de mí y quebranta mi corazón!”

Puede que no reciba una respuesta inmediata a sus clamores y que, en cambio, el diablo venga a molestarlo. Él puede decirle: “Ah, tu oración no es una verdadera oración en absoluto. Eres un hipócrita”. ¡No lo escuche! El Señor mismo ha dicho en Su Palabra y confirmado con el bautismo que incluso el criminal más endurecido y el hipócrita más insensible pueden ser convertidos. Él no se complace en la muerte del impío, sino en que éste se vuelva de su camino y viva. Eso es lo que el Señor ha proclamado en el bautismo. Muéstrenle su frente; piensen en la mujer cananea y pídanle una pequeña migaja. Esas migajas pertenecen a los hijos, pero el Señor también puede dárselas a un perro.

No vayan al mundo con su frente bautizada. No se desvíen de la verdad tal como está en Jesús. El evangelio no es según el gusto del hombre; sin embargo, es para el bienestar eterno del hombre. Si abandonan la verdad, su frente bautizada testificará contra ustedes en el Día del Juicio. Jóvenes y mayores, rueguen por la verdadera conversión y una fe sincera.

¿Hay personas aquí que se toman en serio las cosas? No se engañen con un concepto intelectual del pacto. No digan: “Soy bautizado, soy cristiano y todo está bien conmigo”. Tengan cuidado. Debe haber un fundamento sólido. La casa de nuestra esperanza debe ser edificada sobre la Roca. Qué deplorable es la condición de aquellos que creen ser salvos sin nunca haberse perdido. Qué decepción será para aquellos que se consideran como personas que están dentro, sin haber estado afuera como pecadores condenables.

Sin embargo, hay consuelo en el bautismo para un hijo perdido de Adán, para un leproso incurable, para un completo miserable. Es la obra favorita del Señor consolar a tales. Hay un rico testimonio para ellos en el Santo Bautismo porque este sacramento no presupone nada digno ni idóneo en el hombre. Más bien, presupone que no tenemos nada más que el pecado y la culpa. Hay dignidad solamente en la sangre de Jesús.

¹ El Rev. J. Fraanje (1878-1949) era pastor dentro de la denominación *Gereformeerde Gemeenten* (Congregaciones Reformadas) en los Países Bajos, la misma denominación a la que actualmente pertenece el autor.

Oh, esperen entonces en el Señor. Inclínense ante Sus pies. Huyan a Él antes de que sea demasiado tarde. Aún hay misericordia. Hay más gracia que culpa. Hay más justicia que injusticia. ¿Quién no podría ser salvo si el Señor abriera los tesoros del cielo? ¿Quién necesita perecer? ¿Quién se atreve a decir que falta algo del lado de Dios?

¡Cuán bienaventurado es aquel pueblo que sabe por experiencia que es lavado por la sangre de Jesús, renovado por Su Espíritu y sostenido por Su Palabra! Aquí en la tierra, todavía vacilan y tropiezan en muchas cosas, pero más pronto que tarde irán a casa, cuando se hará realidad: “Entraré a Tu altar santo, Dios, de mi gozo siempre; con el arpa y voz de canto, en mi Dios me gozaré” (Salterio 120:4). Entrarán al palacio del Rey y se postrarán en el polvo delante de Él. Dirán, asombrados, “Señor, ¿es cierto? ¿Estoy aquí?” Mirarán a Jesús y le preguntarán: “Señor, ¿estás Tú aquí, Tú, el que mi alma ama?” Sí, echarán sus coronas ante los pies del Cordero y adorarán al Dios Trino por los siglos de los siglos. Amén.

Salterio 238:1,3